DON QUIJOTE Y HAMLET

Lúdivik B. Osterc

Abstract

El autor del ensayo compara los dos personajes y trata descubrir quién es mayor. Su base de investigación es el contenido de las dos obras, porque en cuanto la forma, las dos obras están más o menos en el mismo nivel artístico.

Con Shakespeare le impresiona su señorío de la expresión justa, el dialogo de Ofelia, lenguaje teatral, verso y la riqueza de su estilo. Con Cervantes le gusta su prosa narrativa (oro derretido), que consiste la complejidad y los distintos aspectos de Don Quijote que se reflejan en su léxico, la polifonía de la novela, su riqueza de estilo y las diversas funciones de los procedimientos del autor.

Despues pasa al cumbre de las obras y se pone cuestión qué representan los dos protagonistas. Hamlet está loco, es un alucinado que duda de sus propios sentidos. Para él existe sólo un lado negro de la existencia, su único objeto es llegar más pronto al descubrimiento del crimen. Es egocentrico, ne cree en nada, eternamente mira en su interior, se alimenta en su desprecio de sí mismo y su sufrimiento es mucho más doloroso que aquel de Don Quijote. Don Quijote, al contrario, cree en el hombre y su futuro. Su ideal es implantar por la fuerza, la verdad, el bien y la justicia en la tierra. Para servir a su ideal, está dispuesto a sufrir todas las posibles privaciones. Representa la fe en la verdad. Es ridículo y quizás el más cómico tipo diseñado jamás por un literato.

Hamlet es el hijo del rey muerte, mientras que Don Quijote está pobre. Se hace los enemigos imaginarios y lucha contra ellos, mientras que Hamlet no cree en las ilusiones (siempre duda), y tampoco no combatiría si supiera que son sinónimos de opresores.

Continúa con la examinación de la actitud del pueblo o sus representantes hacia Don Quijote y Hamlet y viceversa. Polonio es el representante de las multitudes populares ante Hamlet, Sancho lo es ante su señor. El primero es de sano pensamiento y al mismo tiempo un viejo charalacán. Para él Hamlet no es tanto un loco como un niño y le parece inútil para la sociedad. Sancho Pansa está persuadido de que su señor está loco, pero le está leal hasta la muerte. Don Quijote simpatiza profundamente con el pueblo, pero la única persona con la que se entiende verdaderamente es Sancho Pansa (uno no puede vivir sin otro). La actitud de Hamlet es completamente diferente, él desprecia las multitudes populares, porque también desprecia a sí mismo.

En conclusión constata que Hamlet es un apático en el que se inicia una gran enfermedad social: el tedio, el hastio, el descontento de la vida, desorientación espiritual y la eclipse de la fe, mientras que Don Quijote encarna el mundo libre, bien estar y la felicidad de los seres humanos. Por eso y porque es un ideal el más humano, generoso, noble y elevado, el autor del ensayo decide que Don Quijote es la máxima creación de las letras universales de todos los tiempos y todos los pueblos.

Las obras cimeras del arte tienen el privilegio de sobrevivir, so sólo a los hombres y a los pueblos, sino a las culturas que les engendraron; más aún, tienen la ventaja de

representar, asumir y sustituir a las culturas que las produjeron. Así, de naciones desaparecidas, civilizaciones y épocas históricas borradas de la faz de la tierra, quedan en pie, incólumes y perennes, hijos de la mente humana fecundada por el genio, mitos de arte de los que condensan, en la victoriosa eternidad de un símbolo, toda una edad del Mundo: un emblema de nuestra aspiración insaciable, un augurio de nuestro destino perdurable. Tan excelso tan asombroso es el milagro de la oración estética, que la consciencia humana; desde las edades más remotas, le otorgó la eternidad y prendió la auréola de la gloria en torno a la frente de los magnos creadores.

En las épocas antiguas, esos hijos de la mente y de la inspiración fueron dioses; ¡ dioses creados por el hombre ! Pero, los creadores de esos excelsos mitos de arte que resisten al paso de los siglos, más erguidos que las cordilleras milenarias, son tan pocos, que casi pueden contarse por los dedos de un mano. Dicho de otro modo, los dioses que en la voluptuosa Grecia eran divinizaciones de la plástica hermosura de la carne y de los pecados de los hombres, no podían aspirar a más eternidad que a la de la belleza de la forma, y por ella sola sobreviven rientes y vacíos de espíritu.

En la antigüedad clásica los dioses y los demás seres de su mitología como las Ninfas o los Centauros, más bien representaban formas abstractas o semi-abstractas de la naturaleza o fuerzas de esta naturaleza, aspectos bastante simplificados. No porque el espíritu griego fuese simplista ni mucho menos, sino al contrario, por su capacidad de abstracción y además, por una tendencia intelectualista que tenía la mente griega, y a la que debemos la raíz de la cultura occidental.

Pero cuando comparamos estos seres del Olimpo clásico greco-romano con los del Olimpo eropeo, notamos una considerable diferencia. Europa ha creado en su literatura, en sus artes, figuras moldeadas sobre los seres humanos corrientes, pero engrandeciéndolos de una manera especial, es decir, dotándolos de un mundo espiritual y de ideas extraordinarios. A estos seres debe quizás Europa su mayor influjo en el mundo, ya que el influjo de las ideas abstractas no es tan fuerte como el de estas ideas, cuando aparecen encarnadas en seres concretos.

Las grandes figuras del Olimpo europeo, a mi modo de ver, son estos grandes personajes de la novelística y de la dramaturgia europeas: *Fausto*, *Hamlet*, *Don Quijote*, *Sancho Pansa*, *Iván Karamázof* y desde luego *Don Juan*. - Cumple hacer observar, (ya en principio de esta charla), que en nuestra galería de grandes tipos literarios europeos, figura española de una manera excepcional. Si se reducen, verbigracia, por eliminación de los menos importantes, a cuatro los grandes protagonistas creados por Europa, se encontrará que hay dos españoles. Creo que nadie disputará que las cuatro figuras más eminentes de la literatura europea son *Hamlet*, *Fausto*, *Don Juan* y *Don Quijote*. Y si restringimos todavía más el número de ellos, nos quedamos con sólo dos, es decir, con *Hamlet* y *Don Quijote*. ¿ cuál de los dos es la figura máxima?

Para poder contestar esta pregunta, procedamos a la comparación de ambas! Tanto *Hamlet* como la primera parte del *Quijote* aparecieron en el mismo año, a comienzos del siglo XVII. Esta coincidencia me parece significativa. El parangón de estas dos obras maestras sugiere, por consiguiente, una serie de ideas.

Algunas de estas ideas puede ser que nos extranen, por ser poco corriente, pero la peculiar ventaja de las grandes obras poéticas consiste en que el genio de sus creadores les infundió vida inmortal, en que las opiniones sobre ellas, como sobre la vida en

general, pueden ser muy diferentes. E inclusive contradictorias, pero de nunguna manera por igual justas. ! Cuántos comentarios se ha escrito sobre Hamlet y a qué diferentes conclusiones ha llevado el estudio de Don Quijote!

Sin embargo, como no hay dos soles, así no hay dos verdades, sino una sola. No pretendo, claro está, monopolizar dicha verdad por ser ésta relativa y no absoluta, pero sí quiero llamar su atención a los aspectos fundamentales de ambas obras y sus protagonistas: su contenido y su forma. Antes debo aclarar que me detendré mucho más en el contenido que en la forma, no sólo por ser aquél más importante que ésta, sino además, porque en la opinión de una gran parte de los críticos y hombres de letras ambas joyas literarias están más o menos al mismo nivel artístico.

Tanto Shakespeare como Cervantes usaron vocabularios por todo extremo extenso. Ambos poseen una fantasía exuberante, inmensa riqueza de recursos lingüísticos y literarios, brillantez de la más elevada poesía, profundidad y amplitud de la mente. La humanidad entera parece estar bajo al poder de los genios literarios. La poesía de Cervantes no es la poesía de Shakespeare, que asemeja a veces a un mar borrascoso, agitado por la furia de las pasiones humanas; su poesía es un río largo y profundo que corre tranquilo entre variadas orillas, y el lector, atraído por las olas cristalinas de este río se entrega con gozo a la épica de su corriente serena.

Lo que más impresiona en Shakespeare, es su señorío de la expresión justa. Su verso se reviste de piedras preciosas y se adorna de galanura incomparable. Su verbo no sólo se enjoya de pedrería, sino que esa exuberancia le sirve para ser asombrosamente exacto. Shakespeare dispara una tras otra sus andanadas tremendas y da siempre en el blanco. El mayor relieve de sus frases se concilia siempre con la más absoluta perfección. Y aún acierta dos veces, pues además y en todo momento, su lenguaje es ejemplo de lenguaje dramático, teatral. En el poeta inglés todo sucede por lo común frente al espectador, para quien logra expresar, al lado de lo más truculento y espectacular, lo más imponderable de los más ocultos estados de ánimo. No hay nada que no pueda transmitir con su falible instrumento escénico. En las partes no esenciales de la acción se admira la naturalidad de la expresión, que además retrata a cada personaje.

Se saborea espacialmente el dialogo de Ofelia. Todo cuanto ella dice en sus primeros diálogos con el padre, con su hermano Laertes y con el mismo Hamlet, describen y dan toda la gracia de esta adolescente, ingeniosa, de encantadora finura mental, limitada en su expresión por el papel de la mujer en la vida familiar; pero que de todos modos deja entrever su integridad, su carácter y también su indomable alegría juvenil, su picardía, su deseo de reír hasta tanto la vida no la ensombrece. Cuando Hamlet le hostiga con sus salidas, ella encuentra asimismo el tono justo que pone distancia y la protege sin abandonar por ello gracia y desenvoltura.

También en Hamlet se encuentran a veces hechos que no se ven, y entonces puede igualmente admirarse la fuerza de expresión de su lenguaje teatral. Veamos sólo un ejemplo: cuando en el cuarto acto la multitud amenaza el castillo del rey, un mensajero le anuncia: "Salvaos señor. El océano saltanio por encima de que diques no devora la tierra con más ímpetu que el que lleva el joven Leartes, cabeza de una airada turba y arrollando a vuestras gentes."

Se dirá, y no sin razón, que tiene poco sentido citar a Shakespeare en español. Pero precisamente quiero decir que Shakespeare sigue siéndolo aún en las peores

traducciones a cualquier idioma. El verso y la riqueza de su estilo nos dicen que su grandeza es accesible a todos los pueblos en todas las lenguas.

Más, si Shakespeare domina a la perfección el verso, Cervantes no le va a la zaga en prosa con todos sus matices y variantes, propios de la época y de los personajes de la magna novela. La lengua española, dice Sbarbi¹ resume en sí los términos más opuestos y nuestra nación es naturalmente inclinada a que el escritor emplee y combine tantos tonos en sus producciones. Nunca escritor alguno a obedecido a esa propensión, ni aprovechándose de semejantes recursos, con el acierto y superioridad que lo hiciera Cervantes. Rústico en el Cabrero, cortesano en Lotario Anselmo, rimbombante y ampuloso en la Duena Dolorida, épico en el relato del desencanto de Dulcinea, popular y lleno de refranes en Sancho, picaresco en los galeotes, noble y majestuoso en Don Quijote, ha sabido recorrer su autor todos los tonos de la escala del idioma castellano, siendo, por último arcaico también en el protagonista. La prosa narrativa de Cervantes es oro derretido, que fluye rutilante sonoro, reflejando todas esas cualidades de su corazón, de su fantasía, de su género. Las aventuras de Sierra Morena nos ofrecen un ejemplo típico de ella: dos hombres, dos mujeres, dos parejas, linajuda la una, más o menos plebeya la otra, se cruzan en sus pasiones amorosas, presentándonos los tipos de la ciudad y de aldea, de las gentes de abolengo y las gentes labradoras, con un enredo y un desenlace admirablemente dispuesto y felizmente tratados con la acción principal de las andanzas quijotescas. Cardenio es noble cordobés, elegante, cortés y poeta de raza. Su carta es un modelo de atildada y exquisita elegancia, de fino torneado, que recuerda el estilo simétrico y antitético de los sofistas y retóricos atenienses: “tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme, ¡oh! ingrata por quien tiene más, no por quien vale más que yo, más si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiaría yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levanto tu hermosura han derribado tus obras; por ella, entendí que eras ángel y por ellas conozco que eres mujer.”²

La complejidad y los distintos aspectos de la figura de Don Quijote se reflejan también en su léxico. Por un lado, don Quijote es un imitador de los personajes de las novelas de caballerías. De ahí la grandilocuencia y el énfasis que a veces aparecen en su lenguaje. Por otro lado, el caballero andante es el portavoz de las ideas humanistas del propio Cervantes y de ahí la excelsa poesía de su verbo, como son por ejemplo los discursos sobre la Edad de oro y sobre la guerra y la paz. Al propio tiempo, Don Quijote habita en una aldea y está en constante relación con el pueblo. De ahí el lenguaje popular que irrumpe imperiosamente en su torrente de palabras. Es interesante observar cómo, gracias a la convivencia de don Quijote y Sancho Pansa, se produce paulatinamente una interpenetración de sus modos de expresión: el habla de D. Quijote se “sanchifica”, en tanto que la de Sancho se “quijotiza”. Cabe señalar, además, la polifonía de la novela, su riqueza del estilo y de las diversas funciones de los procedimientos del autor. Por ejemplo, los arcaísmos sirven en distintos casos a Cervantes para diferentes fines: los utiliza en el plano puramente periódico, para conseguir un efecto cómico adicional o para expresar la mentalidad del protagonista.

¹ El Refranero General Español, VI.

² Cejador y Frauca, J.. La lengua de Cervantes. Introducción.

He aquí un ejemplo de estilo periódico con fines burlescos: “los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen mercedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.”

Pasemos ahora, al aspecto principal de las dos creaciones – cumbre, es decir, el aspecto de su contenido. ¿qué representan los dos protagonistas? El notable crítico italiano, Giulio NAVONE, los caracteriza muy bien. Oigamos sus palabras:” *Ámleto e un anomalo, un degenerato superiore e, per via de raffronto, puo venire considerato nell’arte como il prototipo d’una specie d’uomini, opposta ad un’altra specie, della quale, anche nell’arte, e prototipo don Chisciotte.*”³ Dicho en otras palabras: “Estos dos protagonistas representan dos tipos diametralmente opuestos de la naturaleza humana. Encontramos que todos los hombres pertenecen, en mayor o menor grado, a uno de estos dos tipos: que cada uno de nosotros tiende bien hacia Don Quijote o bien hacia Hamlet.”

Hamlet no aparenta su locura a tal grado que el hidalgo manchego. La aparición de la sombra de su padre, que comienza el drama y es la causa impulsora de todas las acciones del héroe resulta vista por varios otros antes del príncipe, y no puede, por consiguiente, tomarse como una alucinación. Aunque para aquellos que no conocen las revelaciones hechas a Hamlet por el espectro del rey sobre las trágicas circunstancias de su muerte, el príncipe es un loco, para él y su amigo Horacio su fingida locura tiene por único objeto llegar más pronto al descubrimiento del crimen. Tan lejos está Hamlet de ser un alucinado que duda de sus propios sentidos y de las palabras del difunto rey, tratando de buscar por otros medios comprobaciones de carácter más positivo que la mera afirmación de un fantasma. El terrible golpe mortal que recibe en la flor de sus años lo convierte en melancólico y pesimista. No existe para Hamlet sino el lado negro de la existencia; para él ha terminado el amor cuando debía empezar; para él ya no hay alegrías en plena juventud; y como en su propia madre ha descubierto la bestia humana, hombres y mujeres inspíranle asco igual y desprecio de la vida, que considera como un paso horrible hacia la región inconmesurable y misteriosa de las sombras.

Hamlet es, por tanto, un formidable egocéntrico. Hamlet ni cree en nadie, excepto en sí mismo, y el creer sólo en sí es el medio seguro de no creer en nada. Quien hace de su “yo” el centro del universo y su única fe sin horizontes eternos ni apoyos afectivos, siéntese perdido como leve centella en la noche infinita: su ser, fugitivo momento entre dos nada, es menos que la sombra de una sombra. “To be or not to be...”, “ser o no ser, he aquí el problema.” A quien empieza por dudar si existe, ¿qué le importa lo demás? La visión de su padre le ordena vengar su muerte. Pero... ¿vio de verdad el espectro?

Más este “yo” en el que Hamlet mismo no cree, le es muy entrenable. Este es el punto de partida hacia el que el príncipe danés vuelve sin cesar, porque nada encuentra en el mundo que pueda ser querido por él con toda su alma. Es escéptico y constantemente se inquieta y se agita dentro de sí. Se encuentra permanentemente preocupado, no por su deber, sino por su posición. Toda la energía espiritual de Hamlet se disipa en cavilaciones, se evapora en caliginosas dudas, se disuelve en palabras. Duda de todo, la tierra falta a sus pies, y el punto de apoyo su voluntad, y dudando de

³ *Amleto e Don Chisciotte*. P. 11.

todo, no se perdona a sí mismo; su mente está demasiado desarrollada para satisfacerse con lo que halla dentro de sí, comprende su debilidad y nosotros sabemos que en toda autocomprensión hay una pequeña fuerza. De aquí emerge su ironía. Hamlet se deleita criticándose a sí mismo en demasía; continuamente se está observando; eternamente mira en su interior; él conoce hasta los mínimos detalles de sus defectos; se desprecia a sí mismo, y a vez puede decirse que ve, se alimenta de este desprecio. No cree en sí mismo y es vanidoso; no sabe que quiere y para qué vive, y está encadenado a la vida... “¡Oh, Dios, Dios! Exclama él en la segunda escena del primer acto. ¡si tú, Juez de los cielos y la tierra no hubieras prohibido el pecado del suicidio!... ¡qué banal, vacía, superficial y misérrima me parece la vida!” pero él no sacrifica esta vida superficial y vacía; él está sonando con el suicidio aún antes de la aparición de la sombra de su padre; antes de aquel terrible mandato que definitivamente destruye su ya quebrantada voluntad...; sin embargo, él no se mata. Su amor a la vida se refleja en estos mismos anhelos de muerte. Más, no seamos demasiado severos con Hamlet; él sufre y su sufrimiento es más doloroso y acerbo que los sufrimientos de Don Quijote. A él se le pegan los duros mozos de mulas, arrieros y pastores. Hamlet se asesta a sí mismo heridas, él mismo se lacera; y en sus manos hay también una espada: la aguda espada de los filos del análisis. Pero, ¡qué contraste tan grande con el casi infantil optimismo del hidalgo español!

Para Don Quijote, vivir sólo para sí, preocuparse sólo de sí mismo, sería vergonzoso. Todo él vive- si cabe la expresión- fuera de sí, para los demás, para sus prójimos, para el aniquilamiento del mal, para oponerse a las fuerzas enemigas de la humanidad- hechiceros y gigantes,- es decir, los opresores y explotadoras. En él no hay huella alguna de egoísmo, él no se preocupa por sí, él es todo sacrificio, entrega y abnegación-; él cree, cree firmemente y sin reservas, cree en el hombre y su futuro. De aquí proviene el que para Don Quijote el miedo no exista, que sea sufrido, que se satisfaga con el escaso alimento, con la ropa más pobre. Todo esto a él no importa. Don Quijote está por entero penetrado de lealtad a su ideal y, para servir a ese ideal, está dispuesto a sufrir todas las posibles privaciones; a sacrificar la vida. Él estima su propia vida sólo en la medida que ella puede servir como medio para la realización de su ideal. ¿Y cuál es su ideal? Él mismo lo define: “Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo; en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la del oro, o la dorada, como suele llamarse.”⁴ (I,20) Su ideal consiste, por consiguiente, en implantar por la fuerza, la verdad, el bien y la justicia en la tierra.

Don Quijote representa, en consecuencia y ante todo la fe, la fe en algo eterno, inmutable y puro. En otras palabras, la fe en la verdad, que encontrándose fuera del individuo, no se le entrega fácilmente, exige de él servidumbre y sacrificio; la fe en la verdad, que es accesible por medio de la constancia en el servicio y por medio de la fuerza del sacrificio. Humilde de corazón tiene un espíritu grande y audaz; su piedad conmovedora no limita su libertad; ajeno a la vanidades, él no duda de sí, de su vocación, ni siquiera de sus fuerzas físicas: su voluntad es inflexible. Como un árbol secular, clavó profundas raíces en la tierra, y no es capaz de cambiar sus convicciones para nada del mundo. El caballero andante es el sujeto más moral del orbe. Y precisamente esta

⁴ Turguenief: Hamlet y Don Quijote.

formidable firmeza moral confiere una fuerza especial y una grandeza excepcional a todas sus razones y discursos a toda su figura, a pesar de las situaciones cómicas y deprimentes en las que cae sin cesar... Don Quijote es un entusiasta al servicio de una idea y por ello está iluminado por el nimbo de esa idea.

Como figura periódica, Don Quijote es ridículo. Su figura quizás sea el más cómico tipo diseñado jamás por un literato. A su solo recuerdo surge en nosotros la magra silueta angulosa, su cara de nariz aguileña, su esqueleto revestido de una caricaturesca armadura, montando en la flaca osamenta del pobre, siempre hambriento y golpeado Rocinante. Pero esta misma ridiculez del paladín de los menesterosos y oprimidos nos inspira simpatía y compasión. Por el contrario, el exterior de Hamlet atrás. Su melancolía, su pálida aunque no seca figura, su negra vestimenta de terciopelo, pluma en el sombrero, elegantes modales, indudable poesía en sus discursos, sus agudas ironías, todo en él nos agrada; todo nos atrae. De Hamlet nadie piensa en reírse; y precisamente en esto está su fatalidad, ya que amarle es imposible; sólo hombres como Horacio pueden querer a Hamlet.

Continuemos nuestra comparación. Hamlet es el hijo de un rey muerto por un hermano, usurpador del trono; su padre sale de la tumba para recomendarle su venganza, pero Hamlet titubea, trata de enganarse a sí mismo, siente placer en injuriarse y por fin mata a su pedrastro por casualidad. Profundo rasgo psicológico éste por el cual muchos, incluso personas inteligentes, se atraven a juzgar a Shakespeare. Don Quijote, empero, hombre pobre, sin medios ni relaciones, viejo soltero se impone el deber de enderezar entuertos y defender a los débiles en toda la superficie de la tierra. ¡Qué importa que su primer intento de liberar de opresores a inocentes caiga caiga caiga como una doble desgracia sobre el mismo inocente.! ¡Qué importa que pensando habérselas con peligrosos gigantes, Don Quijote cargue contra los molinos de viento! ... ¡Lo importante es luchar sin tregua ni descanso! La envoltura cómica de estas imágenes no debe desviar nuestra mirada del sentido en ella oculto. Si él que se arriesga en algo pensara primero, calculara y sopesará todas las consecuencias, todas las probabilidades en pro o en contra de su intento, no sería capaz de llegar a ninguna parte. Con Hamlet no puede suceder nada semejante; no es para él caer en tan simple equivocación. No, él no combatiría con los molinos de viento, él no cree en los gigantes... pero tampoco los atacaría si supiera que son sinónimos de opresores...

Examinemos ahora la actitud del pueblo o sus representantes hacia Don Quijote y Hamlet, y viceversa.

Polonio es el representante de las multitudes populares ante Hamlet, Sancho Pansa lo es ante su Señor.

Polonio es activo, práctico, de sano pensamiento, aunque al mismo tiempo sea un viejo charlatán. Es un perfecto administrador, un padre modelo. Recordemos sus instrucciones a su hijo Laertes cuando éste marcha a arís; son instrucciones que pueden competir en sabiduría con los consejos de Don Quijote impartidos a Sancho Gobernador. Para Polonio, Hamlet no es tanto loco como un niño, y si no fuera hijo del rey, lo despreciaría, por su inutilidad, por lo imposible que es para la sociedad sacar provecho práctico y positivo de sus ideas. El chambelán no cree en Hamlet y tiene razón. Los Hamlet son inútiles para los pueblos; ellos no les ofrecen ni dan nada, ellos no los pueden conducir a ningún sitio, porque ellos mismos no van a ninguna parte.

Un cuadro del todo diferente nos ofrece Sancho Panza. Está persuadido de que su señor está loco, pero por tres veces abandona su lugar, su casa y su familia, para ir tras su amo, lo sigue por todas partes, sufre toda clase de contrariedades. Leal hasta la muerte, cree en él, se enorgullece de él y solloza junto al pobre lecho donde agoniza su señor. Esperanza de ganancias, de mejores ventajas, con esto no se puede explicar su lealtad; en Sancho Panza hay demasiado buen sentido, sabe muy bien que excepto palizas, el escudero de un caballero andante apenas nada puede esperar. La causa de su lealtad se debe buscar más adentro. Ella está arraigada en su capacidad de desinteresado entusiasmo, de desprecio a las ventajas personales, lo que para el hombre del pueblo casi equivale al desprecio del pan cotidiano. Condición grande, universalmente histórica. Las masas populares terminan siempre siguiendo sin reservas, confiadas a aquellas individualidades de las que ellos mismos se burlaron alguna vez; a las que maldijeron y persiguieron, pero las cuales, no temiendo ni persecuciones ni maldiciones, no temiendo siquiera las burlas, marchan sin vacilar hacia delante y fijan los ojos de su espíritu en metas que sólo ellas ven, buscan, caen, se levantan y por fin hallan.

En su calidad de heraldo de las ideas humanísticas y como luchador por un mundo mejor y más feliz, Don Quijote simpatiza profundamente con el pueblo, sus problemas y dificultades. Por ello, el caballero andante no se entiende con el Cura, ni con el ama ni con la sobrina. Tampoco se entiende con Sansón Carrasco y menos con los duques, o sea con la aristocracia, en la que parece poner menos ilusiones. Con quien realmente se entiende don Quijote es con Sancho Panza, es decir, con el pueblo auténtico. Es cierto que el caballero andante se anoja con facilidad y subírsele la sangre a la cabeza, le acomoda un? De lanzazos que lo desarticulan a Sancho, sobre todo si lo ha incitado a olvidar a Dulcinea. Más entenderse no significa vivir en una paz celestial. El acuerdo y el entendimiento no pueden ser pacíficos y hasta tormentos, pero la cosa está en que uno no puede vivir sin el otro. Así nacieron en la concepción de Cervantes y así fueron proyectados sobre el mundo. Sancho Panza es la autenticidad del pueblo frente a la integridad y nobleza del corazón de su amo, el caballero andante.

Por completo distinta es la actitud de Hamlet hacia su pueblo. El príncipe desprecia a las multitudes populares. Y no es extraño: quien a sí mismo no se respeta, ¿a quién puede respetar? Hamlet pensará: ¿y marece acaso la pena de ocuparme de las masas, tan rudas y tan sucias? Y Hamlet es aristócrata no sólo por nacimiento.

En conclusión, Hamlet no es un hermano de RICARDO III, de OTELO; no encarna una pasión, no lo mueven el brío y el arrebato que impulsan la acción. Hamlet es un apático, un caviloso, la antítesis de toda acción. Con todo, Hamlet es un titán psicológico, un gigante de la dramaturgia universal, en quien alienta todo un pueblo y toda una época, y en quien se inicia una gran enfermedad social: el tedio, el hastío, el descontento de la vida, desorientación espiritual, el eclipse de la fe.

Y, ¡cuál diferente es Don Quijote! El hidalgo manchego es un semejante inmortal que convive con todos los hijos de los hombres. Con su lanza y espada, así como con su palabra lucha infatigablemente para restablecer una nueva edad de oro, un mundo libre de toda opresión y explotación donde triunfarían la libertad, bienestar y la felicidad de todos los seres humanos. En su lucha no se detiene ante nada, no tiene miedo ni a

los gigantes ni a los encantadores, su fe es inextingible y su voluntad inquebrantable, su optimismo inacabable y su furia implacable.

¿Puede haber un ideal más humano, más generoso, más noble y más elevado? La respuesta es inequívoca: ¡NO! Por ello, considero que EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA es la máxima creación literaria jamás salida de una pluma genial, la máxima obra maestra de las letras universales de todos los tiempos y de todos los pueblos. ¿qué figura poética interesó, conmovió, ejemplarizó de tal modo a generaciones humanas? ¿qué coloso literario sugirió tantas ideas a la Humanidad, suscitó tantas corrientes de simpatía entre los pueblos? La respuesta es obvia: *ninguno*. Pertenece a la humanidad entera, pero siendo excelsamente humano, es íntegramente español; y en él parvive el símbolo y la gloria de la nación y la dulce lengua española.

Universidad Nacional Autónoma de México